reCHERches

Culture et histoire dans l'espace roman

22 | 2019

Generación Romero Esteo

Colegas intachables

Carmen Pombero

Edición electrónica

URL: <https://journals.openedition.org/cher/1140>

DOI: 10.4000/cher.1140

ISSN: 2803-5992

Editor

Presses universitaires de Strasbourg

Edición impresa

Fecha de publicación: 11 julio 2019

Paginación: 173-177

ISBN: 979-10-344-0046-1

ISSN: 1968-035X

Referencia electrónica

Carmen Pombero, «Colegas intachables», *reCHERches* [En línea], 22 | 2019, Publicado el 05 octubre 2021, consultado el 18 noviembre 2021. URL: <http://journals.openedition.org/cher/1140> ; DOI: <https://doi.org/10.4000/cher.1140>

Tous droits réservés

Colegas intachables

CARMEN POMBERO

Personajes

LISE MEITNER, (1878-1968) física austríaca que investigó la radiactividad y la fisión nuclear.

ROSALIND ELSIE FRANKLIN, (1920-1958) química y cristalógrafa inglesa, estudiosa de la estructura del ADN, el ARN y los virus.

Habitación del Grand Hotel de Estocolmo, uno de los dos hoteles que acogen desde 1901 a los laureados con el Premio Nobel.

El marco temporal es irreal, esta conversación sucede en un no-tiempo y todos los tiempos a la vez. Lise podría ser interpretada por una actriz de sesenta años y Rosalind por una de treinta.

LISE y ROSALIND se encuentran en una lujosa suite del Grand Hotel de Estocolmo. Van vestidas de fiesta como marca el protocolo para una noche de gala a la que no han sido invitadas: la de los galardonados con el Premio Nobel. LISE sirve un caro champagne a ROSALIND, sentada cómodamente en un sofá de la suite.

ROSALIND.— (Con ironía.) Ya podrían habernos invitado. Entre los mil trescientos comensales, ¿no había sitio para dos más?

LISE.— A mí me han hecho un favor. Odio estos lujosos vestidos de gala y toda esa mierda del protocolo.

ROSALIND.— La cena tiene fama de austera.

LISE.— ¿Solo sirven sopa y sándwiches? ¡Entonces para qué tanta joya! (Se zafa de su diadema.)

ROSALIND.— Me refiero a que, pese a ser una gala muy protocolaria, no es ostentosa.

LISE.— (Irónica.) ¿Mil invitados? Para mí que no es precisamente una cena íntima...

ROSALIND.— Admitámoslo, Lise, estamos eludiendo el verdadero tema. No nos duele perdernos la cena de gala. Nos duele no haber sido premiadas con el Nobel.

LISE.— En mi caso, Rosalind, toda la comunidad sabe el motivo.

ROSALIND.— (Con cautela.) ¿Por ser lesbiana?

LISE se ríe.

LISE.— Soy judía, mujer, científica y feminista... Ya gozo de todos los ingredientes para ser repudiada.

LISE se sienta junto a ROSALIND, no sin antes coger la botella de champagne y llevársela con ella.

LISE.— ¿Cuál es tu historia, Rosalind Elsie Franklin?

ROSALIND.— Una como la tuya. Para mis colegas, yo era la feminista que siempre se estaba quejando por trivialidades del tipo “no poder tomar café en la sala de profesores del King’s College” porque estaba reservada a los hombres.

LISE.— Una vieja historia...

ROSALIND.— (*Resentida, bebe.*) Mis colegas, Watson y Crick, publicaron en *Nature* un artículo con su propuesta de estructura para el ADN. ¿Suya? ¡Ja! En el último párrafo me citaban, entre otros y como de soslayo, agradeciendo mis resultados experimentales “no publicados”. En literatura a eso se le llama plagio, pero en el campo de la ciencia, la elegancia con la que se utiliza el trabajo de otro científico queda impune si el científico es mujer.

LISE.— Eso es porque se nos arrebató el derecho a ser notables.

ROSALIND.— (*Indignada.*) ¿Qué revista académica o científica iba a publicar los resultados de las investigaciones de una mujer?

LISE.— (*Sarcástica.*) Eso, querida, dejaría en mal lugar al hombre...

ROSALIND.— (*Sigue a lo suyo.*) Watson y Crick no habrían sido capaces de llegar a ninguna conclusión de no haber sido por las imágenes que yo obtuve del ADN.

LISE.— Claro, nadie había sido capaz hasta entonces de conseguirlas con una calidad tan extraordinaria como la tuya.

ROSALIND.— ¡Nadie!

LISE.— Eso he dicho, nadie.

ROSALIND apura su copa y se la tiende a LISE para que le sirva más.

ROSALIND.— Fue Maurice, mi compañero, quien invitó a Watson y Crick a aquel seminario en el que mostré mi trabajo. El muy traidor fue enseñándoles en los meses posteriores todas las imágenes que yo iba tomando.

LISE.— ¿Sin que tú lo supieras?

ROSALIND asiente.

ROSALIND.— Los colegios más prestigiosos de Londres, una estancia en Francia con un programa que incluía física y química, mi ingreso en el Newnham College de Cambridge, ¿tanto estudio para qué?

LISE.— Tu padre no escatimó en gastos...

ROSALIND.— ¿Mi padre? El Newnham College corrió a cargo de mi tía. A mi padre casi le da un síncope cuando yo, su hija, le dije que quería estudiar ciencias experimentales y química.

LISE.— Los padres quieren la mejor de las educaciones para sus hijas, pero solo cuando se trata de costura o música. ¿Una hija química? ¡Imagina el mío, cuando le dije que sería física! Otro padre judío en shock.

ROSALIND.— Tu padre debería estar orgulloso de ti. Mírate, eres una de las mejores físicas del mundo.

LISE.— Lo estaría, sí, pero mi nombre se ha desvanecido como el de muchas de nosotras. La ciencia en este mundo tiene nombre de varón.

Llena las copas de nuevo y beben. Silencio.

ROSALIND.— No sabes cuánto añoro Francia... Fue una científica francesa refugiada en Inglaterra, Adrienne Weill, la que me animó a ir al Laboratorio Central de Servicios Químicos del Estado, en París. Allí no importaba que fuese mujer. ¡Eran tan abiertos! Nada que ver con Inglaterra. ¡Y lo pasábamos muy bien! Nos apoyábamos los unos a los otros sin importar raza, sexo o religión. ¡Éramos una gran familia! Y tan jóvenes...

LISE.— Allí aprendiste la técnica de difracción de Rayos X, ¿no?

ROSALIND.— (*Asiente.*) Hasta hacerme una experta. ¿Para qué? Todo se fue al garete cuando conseguí mi plaza en el King's College de Londres. John Randall, el director del departamento, me encargó el estudio de la estructura del ADN y vi el cielo abierto para aplicar la técnica de difracción de Rayos X. Fue mi perdición. Adiós a las montañas, a los amigos de verdad, al esquí... ¡Bienvenida a la esencia del machismo! ¡Ese es el letrado que debería rezar a la entrada del King's College!

LISE.— Cuando empecé a trabajar en el laboratorio de la universidad de Berlín, por la gracia del profesor Max Planck, no aceptaban a más mujeres, de modo que tuve que usar como laboratorio el sótano del carpintero.

ROSALIND.— ¿En serio?

LISE.— (*Sonríe.*) Sí. Me estaba prohibido subir al laboratorio de Otto y eso que había sido él quien se presentó voluntario para trabajar conmigo. ¿De risa, verdad? Pero era "su laboratorio", ¡qué ironía! ¡Ni siquiera podía utilizar los servicios del instituto científico! Para orinar, tenía que irme al restaurante que había en frente.

ROSALIND.— ¡Es horrible, denigrante! No te puedo creer.

LISE.— Cuando me exilié huyendo del nazismo, el Instituto Manna Seigbahn de Suecia me acogió.

ROSALIND.— Por suerte.

LISE.— ¡Por desgracia! Me trataron aún peor.

Beben. Silencio.

ROSALIND.— Otto Han... pasó de ser tu ayudante a robar tu trabajo, ¿verdad?

LISE.— ¡Ah, Otto! Más bien se lo cedí, necia de mí, esperando un reconocimiento que nunca llegó. Acomplejada por ser mujer, supongo. ¡Me habían hecho sentir una mierda toda mi vida! Mi investigación sobre la teoría atómica y la radiactividad

allanó su descubrimiento para la obtención del punto de fisión nuclear. Se llevó el Nobel de Química sin reconocer mi coautoría.

ROSALIND.— ¡Machista!

LISE.— Bueno, él no lo vio así... Yo era una disidente judía y Otto me ayudó a salir de la Alemania nazi. Me salvó la vida... Supongo que me sentí en deuda. Ahora pienso si no me salvó la vida ya con la intención de arrebatarme el trabajo... Todo es tan extraño entre Otto y yo. Fuimos uña y carne durante más de treinta años. Todas nuestras investigaciones fueron de la mano, él sin mí no era nada. Pero todo el mérito fue siempre suyo. Y yo nunca se lo reproché, siempre excusándole...

ROSALIND.— Complejo de ser mujer. Nos pasa a todas. Han hecho que nos sintamos así. Ya hemos hablado de nuestros padres. Si ni ellos nos apoyaban...

LISE.— Complejos, celos profesionales, antisemitismo encubierto, prejuicios machistas... He dejado de atormentarme. Duele demasiado y en mi estado actual, ¿para qué seguir sufriendo por eso?

ROSALIND.— Odio o temor. Una no sabe qué es exactamente eso que sienten nuestros colegas hacia nosotras.

LISE.— ¿Qué diferencia hay? El odio nace del miedo. Tú eres judía como yo. Conoces ese odio-miedo muy bien. Es un tipo de miedo que se repite una y otra vez. Hace avanzar a unos pueblos y provoca la destrucción de otros. Este es un mundo que se mueve en función de sucesivas victorias y derrotas.

ROSALIND.— Y nosotras, ¿cuándo dejaremos de ser las derrotadas?

LISE.— Llegará el día... pero tú y yo no lo vamos a ver. Serán otras mujeres las que conquisten la cima de la ciencia en nombre de todas las científicas que fuimos relegadas al olvido.

Silencio. Beben, pensativas, nostálgicas.

ROSALIND.— Quedamos en citarnos hoy, en este hotel, para beber a nuestra salud. Y sin embargo, aquí estamos, sin parar de lamentarnos.

LISE.— (*Sonríe.*) Tampoco hemos parado de beber. Esta botella toca a su fin...

Se levanta a por otra.

LISE.— De cualquier forma, no acordamos que nuestra celebración fuese festiva.

ROSALIND.— Debería.

Descorcha la botella. La espuma cae a borbotones chillones. LISE sirve la copa que ROSALIND le tiende.

ROSALIND.— Hagamos de este encuentro una comedia. Riamos, recordemos el día en el que nos usurparon nuestros logros pero hagámoslo con ironía, con chiste y jolgorio.

LISE.— Tienes razón, bebamos. ¡Estamos celebrando que nos arrebataron el Nobel!

ROSALIND.— ¡Brindo por los usurpadores!

LISE.— ¡Brindemos! (*Lo hacen.*) Y ahora, por aquellos que, viendo que nos usurpaban los logros, callaron.

ROSALIND.— ¡Brindemos por ellos! (*Brindan.*) ¡Brindemos por nuestros padres, que de algún modo, también nos trajeron a este mundo!

LISE.— ¡Y por la madre que nos parió!

ROSALIND.— (*Brindan.*) ¡Brindemos por todas las madres, ellas traen al mundo a grandes mujeres como nosotras!

LISE.— ¡Brindemos por todas las mujeres, pues! (*Brindan.*) ¡Por todas las mujeres científicas!

ROSALIND.— ¡Por ellas! ¡Por Hipatia de Alejandría, por Jane Goodall y Sophie Germain!

LISE.— ¡Por Emmy Noether, Barbara McClintock y Lise Meitner!

ROSALIND.— ¡Pero si esa eres tú!

LISE.— Este champagne se me está subiendo a la cabeza... (*Se ríen.*) A esta segunda botella aún le quedan un par de copas. Pensemos en más brindis...

ROSALIND.— Como era aquella condesa...

LISE.— Condesa de Lovelace. Augusta Ada Byron, así se llamaba, era la hija de un poeta homosexual... Lord Byron... ¡Oh, todo me da vueltas!

ROSALIND.— Jocelyn Bell, Marie Curie...

LISE.— ¡Marie Curie! Ella sí logró el Nobel ¡Y por Rosalind Franklin!

ROSALIND.— ¡Esa soy yo!

LISE.— Mierda, estoy borracha (*Se tronchan de risa.*) Querida, deberíamos quedar más a menudo para celebrar no haber recibido el Nobel.

ROSALIND.— ¡Ya lo hacemos! Venimos año tras año para beber y lamentar. Nos montamos este teatrillo y acabamos borrachas. Total, ya estamos muertas, ¿qué tenemos que perder?

LISE.— Absolutamente nada. Todo nos fue arrebatado, hasta la vida. Ya no pueden quitarnos nada más.

ROSALIND.— En ese caso, brindemos por la vida, la de las científicas que aún quedan por nacer.

LISE.— ¡Sí, por ellas!

LISE y ROSALIND brindan.

Oscuro.